



El FMI y las lecciones de la historia¹

Rubén M. Lo Vuolo*

La historia es una referencia ineludible del análisis económico, pero no se puede transferir experiencias de modo lineal. El sistema económico, los agentes económicos y su entorno están en permanente cambio. Es importante recordarlo al analizar la posibilidad de recurrir a un crédito del FMI en estos momentos. Algunos consideran que esto podría ser positivo porque mucho tiempo atrás hubo gobiernos que aplicaron políticas “desarrollistas” pese a acordar créditos con el FMI. Complementariamente, otros indican que el FMI ya no es el gendarme de las décadas del ochenta y noventa, cambió su conducción y tiene nuevos y convenientes programas. Ambas posiciones deben tomarse con cuidado.

El FMI reconoce distintos modelos institucionales a lo largo de su historia. Originalmente, y conforme al acuerdo de posguerra de Bretton Woods (BW), fue concebido para un sistema monetario con movimientos de capitales limitados y paridades de cambio poco volátiles, con reglas destinadas a ayudar financieramente a los países miembros frente a un déficit temporal de cuenta corriente. A cambio, los países se comprometían a cumplir con ciertas reglas en sus balances y en la política cambiaria, pero no había mucha ingerencia en las políticas domésticas. Este escenario, que podía favorecer a los países periféricos en su desarrollo, cambió en la década del setenta cuando los países centrales abandonaron las paridades de cambio estables.

Fue allí cuando se terminó el sistema monetario internacional organizado en BW. Los países centrales se emanciparon de la tutela del FMI y cambiaron sus funciones. Junto con la creación de los Derechos Especiales de Giro (DEG) como su principal activo de reserva, los países que gobiernan el FMI buscaron integrar a los países periféricos en la creciente

¹ Publicado en Revista *Contraeditorial*, Argentina, Junio de 2009.

* Economista. Investigador Principal, Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas (Ciepp)



globalización financiera. Para ello, el FMI pasó a otorgar una suerte de “certificado de buena conducta” a los países necesitados de flujos de financiamiento privado, estimulando su endeudamiento. El FMI pasó así a ser un mediador entre los países “emergentes”, los países centrales que participan del financiamiento multilateral público y los grandes prestamistas privados. Su rol de gendarme multilateral se realiza mediante un amplio examen de las políticas en todos los ámbitos (política industrial y de competencia, sector bancario y financiero, políticas sociales y de medio ambiente, gastos de defensa, etc.).

Desplegando esta actividad, el FMI tiene gran responsabilidad en la actual crisis mundial porque alimentó el proceso de valorización financiera del capital, la explosión del crédito bancario internacional y el endeudamiento de los países periféricos. El FMI facilitó que los capitales financieros privados cumplan la doble función de ajuste de desequilibrios de balance de pagos (a través de la variación de los tipos de cambio) y de financiamiento de déficit persistente (gracias al desarrollo de las deudas). Mientras tanto, los países centrales, y especialmente EE.UU., generaron desequilibrios descomunales en sus balances fiscales y externos sin que nadie opinara sobre sus políticas domésticas (que influyen al mundo). Sucede que los países centrales no necesitan certificados de buena conducta para acceder a los mercados internacionales de capitales, mientras los periféricos quedaron cada vez más atrapados de un acceso restringido, intermitente y a veces inexistente.

Esto no cambió mucho con los recientes anuncios del G20 que buscan modificar el modelo de gendarme del FMI por el de prestamista de última instancia. Por ahora, lo que se hizo fue triplicar la capacidad de préstamo del FMI y ampliar el stock de DEG, pero no hay directivas sobre su asignación. El propio FMI anunció renovaciones en sus programas, incluyendo la reducción de sus históricas “condicionalidades” para acceder a los préstamos. Por ejemplo, la nueva línea de crédito flexible se anuncia con la ventaja de desembolsar el crédito cuando es concedido, o de mantenerlo disponible y utilizarlo con objetivos precautorios, reforzando la disponibilidad de reservas internacionales. Pero la aprobación por el directorio del FMI es caso por caso y siempre que se cumpla un conjunto de criterios de calificación. Supuestamente, y a diferencia con los préstamos *stand by*, estos desembolsos no están sujetos a condicionalidad. Pero aún es muy prematuro aventurar resultados de este cambio para países como Argentina.

Todavía nada indica que el FMI vaya a cambiar mucho su forma de relacionarse con los países periféricos. Primero, y más allá del cambio de algunos funcionarios, su burocracia estable está acostumbrada a manuales de procedimiento aplicados por años. Segundo, su



visión es de corto plazo. Tercero, el objetivo es resolver los crecientes problemas de la crisis que tiene como epicentro a los países centrales. Y aquí está la principal debilidad, porque se sigue pensando que la crisis actual se supera con liquidez y eso también vale para los países periféricos.

Esto ayuda pero no resuelve el problema central: el agotamiento de un modelo de crecimiento mundial donde la demanda estaba alimentada por la valorización financiera de capital. Está bien inyectar liquidez y regular los mercados financieros, pero no se dice cómo se va a reemplazar ese modelo de crecimiento. Y eso es un problema de políticas económicas coordinadas, no sólo de liquidez y de disponibilidad de crédito.

¿Cómo se va a reorganizar el comercio mundial, las asimetrías entre países y la capacidad de los menos desarrollados para insertarse en esa complejidad? Ni el G20, ni el FMI, ni Argentina dicen mucho al respecto. La perspectiva es atender los problemas de liquidez de corto plazo. En este contexto, un crédito del FMI sólo sirve para seguir despilfarrando recursos sin definir una estrategia de largo plazo, permitiendo que continúen negocios con el endeudamiento del país y el movimiento de capitales financieros. Y esta sí es una historia que se sigue repitiendo pese a los vaivenes políticos y económicos.